

ANALES  
DEL  
MUSEO NACIONAL

DE  
BUENOS AIRES



BIBLIOTECA

Tomo VII (Ser. 2ª, t. IV)

18 JUL 1961

*(Con 1 retrato, 5 láminas y 22 figuras en el texto)*

BUENOS AIRES  
IMPRESA DE JUAN A. ALSINA, CALLE MÉXICO, 1422.  
1902



ARQUEOLOGÍA ARGENTINA.

HACHAS VOTIVAS DE PIEDRA (PILLAN TOKI)

Y DATOS SOBRE RASTROS DE LA INFLUENCIA ARAUCANA PREHISTÓRICA EN LA ARGENTINA.

POR

JUAN B. AMBROSETTI.

El Sr. Director del Museo Nacional, Dr. Carlos Berg, ha tenido la deferencia de comunicarme las dos hachas de piedra, objeto del presente estudio, ofrecidas al establecimiento por el Sr. Alberto Casares, Intendente General de la Armada.

Dichos objetos fueron hallados por el joven Enrique Capdeville en la Pampa Central, Sección VIII, Letra A, Lote 21, á 1.500 metros más ó menos del esquinero N. E. del lote, y siguiendo de este mojón rumbo S S W; es decir, casi á ocho kilómetros del pueblo de Victorica.

En el declive de una colina, sobre un camino ahuecado por las aguas de lluvia, se halló la más grande de estas hachas (véase lámina N° 5); y al querer cavar con un pico en el mismo lugar, se dió con la segunda, que quedó rota por el golpe.

La excavación no pasó de la primera capa, que es arenosa, pero sin mayor resultado que el hallazgo de un pequeño hueso, una falange, que parece ser humana.

Las hachas se encontraron más ó menos á 60 centímetros de la superficie calculando el nivel del camino del lado de su actual piso.

Este camino fué trazado el año 1890.

Como corolario de estos datos que el Sr. A. Capdeville se sirvió enviar á pedido del Sr. Casares, indica el mismo señor: que á distancia de más ó menos una legua en la costa de una laguna llamada *Teleu*, suelen hallarse puntas de flechas de sílex.

Este dato indicaría *prima facie* la contemporaneidad de las hachas con las puntas de flechas.

Para mayor abundamiento, en cuanto á la ubicación de este hallazgo, diremos, que esta región de la Pampa Central queda al Norte de dicho territorio y cerca de la frontera de la provincia de San



Luis, de modo que, puede decirse, que es el corazón del territorio Argentino.

Las hachas en cuestión son planas, de un centímetro de grueso término medio, y de un largo de 19 y 15 centímetros respectivamente.

En sus dos tercios de longitud tienen una forma triangular cuya base corresponde al filo, terminando el último tercio en una figura redondeada y ancha (la que vulgarmente se denomina el ojo).

Las medidas de ancho de estas hachas son:

	Hacha N° 1.	Hacha N° 2.
Ancho del ojo.....	0.10	0. 095
Ancho del centro ó menor.....	0.06	0. 060
Ancho del filo.....	0.11	0. 095

El material empleado, según el profesor Eduardo Aguirre, es una caliza arcillosa con estructura hojosa; lo que hace suponer, agregado á su poco espesor, que estas hachas no deben de haber tenido uso alguno, pues además son muy quebradizas. Tampoco hay señales de que hayan estado sujetas á un mango.

Sobre una de las caras del hacha mayor hay un dibujo compuesto de líneas que forma un conjunto de ornamentación y que ocupa un espacio de ocho centímetros de largo sobre dicha cara.

Este dibujo se compone de dos líneas laterales en ziszás, que bajan de una transversal superior recta y se juntan á otra inferior, igual para formar un marco (véase lámina).

Dos pequeños triángulos separados entre sí arrancan por sus vértices de la parte inferior de la transversal superior, uno á cada lado del fin de su primer tercio, mientras que de la transversal inferior salen otros cinco, más ó menos equidistantes, pero invertidos; es decir, parados con sus vértices sobre la parte superior de dicha transversal.

Dentro de este marco y en la parte superior, una gran figura, casi en forma de una H ensanchada, ocupa un gran espacio.

Los palos verticales de esta H son recortados en forma de escalones; de modo, que en la parte superior forman casi un triángulo y en la inferior una especie de portada recta.

Más abajo, otra gran figura se destaca como complemento de la anterior y la forma un gran triángulo con su interior cruzado de líneas y de cuya base salen divergentes dos grandes dardos barbados de un solo lado.

El simbolismo de este grabado es completamente atmosférico, es decir, de tormenta ó lluvia.

La figura de arriba, la que he dicho que tiene la forma de una



H con sus palos en escalones, es semejante á las que se hallan representadas en el simbolismo Calchaquí y en el de los *Pueblos* de Estados Unidos.

Los escritores yanquis las llaman figuras en terrazas (*terraced figures*), y el símbolo que representan en la antigua alfarería, como la de Tusayan por ejemplo, es el de *Nubes de agua ó de lluvia*, y lo mismo representan hasta hoy día en los objetos empleados en las ceremonias de esos pueblos, para pedir lluvias, como ser en los altares, vasos sagrados, diademas de madera de las máscaras, etc.<sup>1</sup>

En el presente caso esa interpretación está bien aplicada, pues de esa nube se desprenden dos dardos, es decir, dos rayos.

El triángulo que los une á la nube semeja á las cabezas triangulares de las serpientes rayos de la alfarería Calchaquí, y bien puede ser que sea una de sus equivalentes, tosca, es cierto, pero hay que tener en cuenta que todo el grabado lo es también.

Pero, ¿qué relación hay entre el hacha y los fenómenos atmosféricos, para que su simbolismo se halle grabado sobre uno de estos objetos?

Antes de contestar á esta pregunta es necesario estudiar la edad probable de estos objetos, é investigar á qué nación de indios pertenecieron.

Dado el lugar donde se hallaron, en plena Pampa Central, una solución rápida se impone: *Los Araucanos*.

Pero los objetos tienen el aspecto y la forma de ser muy antiguos, y esto denotaría una residencia de araucanos en la región argentina en una época mucho más remota de lo que se cree, es decir, después de la conquista española.

A esta creencia general opongo lo que ya dijo el Dr. H. Ten-Kate, al hablar de los tipos étnicos distribuidos en la República que más se acercaban á los calchaquíes que «hay entre los araucanos y sus congéneres de la Pampa, formas craneanas, que por su deformación y su braquicefalia, recuerdan las de los calchaquíes, formas que han sido halladas por el Dr. Virchow y también descritas por mí<sup>2</sup>.

Por mi parte agregaré, que he hallado en los valles calchaquíes un sinnúmero de supersticiones propias de los araucanos, que algún día publicaré, y que no hay que olvidar que en la frontera de Catamarca y Rioja hay una región que se llama *Costa de Arauco*, si-

<sup>1</sup> Archaeological Expedition to Arizona in 1895 by. Jesse Walter Fewkes 17 Annual Report of the Bureau of Ethnology (1895-96). Part. 2 (1898), pág. 703.

<sup>2</sup> Anthropologie des anciens habitants de la région Calchaquie. Anales del Museo de La Plata (1896), pág. 61.



tuada entre Machigasta y Anjullon, y que el Sr. Lafone Quevedo dice que éste no es el único nombre chileno (araucano) que se encuentra en tierra de Diaguitas<sup>1</sup>; y en la Introducción de esa misma obra<sup>2</sup>, agrega:

«Que una ola araucana pasara alguna vez por la región Cacaña se prueba con los nombres de lugar que aun subsisten, por ejemplo: Conando, Machigasta, Arauco, Coneta, etc., y tal vez el mismo nombre de Tucumán pertenezca á esta lengua, como que Lozano lo deriva de nombre de cacique, y entre los chilenos se encuentran varios que terminan así en *man*.»

«Aquí corresponde hacer una advertencia: al usar la palabra *Araucano* como calificativo de idioma, de ningún modo quiero decir que los indios de Chile, que nosotros conocemos con este nombre, hayan impuesto el todo ó parte de su vocabulario á las naciones que hablaban la lengua del Cuzco ú otra cualquiera de las que abundan en voces semejantes á las de aquella rama lingüística; lo que yo pretendo únicamente es, que en algún tiempo muy remoto, antes que naciera la tal lengua general en la forma que á nosotros ha llegado, existió una gran nación, que por lo menos ocupaba toda la región andina de nuestra América y hablaba un idioma que fué el tronco del que el Cuzco, Kakan, Araucano de Chile y tantos otros dialectos eran ramas; por esto, y la proximidad geográfica, se explica la comunidad de voces<sup>3</sup>.»

Ahora bien; si hallamos rastros de una gran nacionalidad y de tipo araucano, diseminados en una gran extensión del suelo argentino, por qué no podremos referir las hachas de piedra en cuestión á esa nación de indios; y de sus sobrevivientes ó de sus antepasados, araucanos de Chile, tomar los datos que puedan ilustrarnos al respecto?

Entre ellos hallamos un material tan importante, que en este caso no podemos menos que utilizarlo, pues nos dará la clave que nos permitirá descifrar este enigma tan interesante.

Como fuente preciosa de información tomaremos la notable obra en su género del Sr. D. José Toribio Medina<sup>4</sup>, en la cual ha recopilado su autor todo lo útil que para estos estudios contienen las obras y papeles coloniales.

<sup>1</sup> Tesoro de Catamarqueñismos, en: Anales de la Sociedad Científica Argentina. Voz Arauco. 1898, pág. 40.

<sup>2</sup> Pág. xxix.

<sup>3</sup> Lafone Quevedo: Londres y Catamarca [Cartas á la Nación. 1883-84-85, 1888] pág. 239.

<sup>4</sup> Los Aborígenes de Chile. Santiago, 1882.



El hacha de piedra era muy usada por los araucanos, y su nombre, en su lengua, es *Toki*; en cambio, en el Perú, parece que esta arma se ha usado poco, pues entre las numerosas colecciones publicadas hasta hoy, son muy raros los ejemplares que se describen ó figuran, y casi todos ellos de pequeño tamaño.

Wiener<sup>1</sup> no trae más que la figura de algunas pocas hachitas, pero ni siquiera menciona las hachas de piedra entre las armas de los peruanos.

Hutchinson<sup>2</sup>, Squier<sup>3</sup>, Rivero y Tschudi<sup>4</sup>, Castelnau<sup>5</sup>, D'Orbigny<sup>6</sup> y otros<sup>7</sup> tampoco traen en sus atlas ni entre las numerosísimas figuras de sus textos, la representación ni la mención de estos interesantes objetos de piedra, que en el territorio Calchaquí de la República se hallan por centenares; sólo los Sres. Stübel, Reiss, Koppel y Uhle<sup>8</sup> traen la figura de algunas hachas bastante toscas, peruanas, pero de Tarapoto, Huallaga ó Chasuto, Moyobamba, etc.; todas ellas de la región norte del Perú, de tipo igual á las figuradas en la misma obra procedentes del Ecuador.

Garcilaso<sup>9</sup> menciona las hachas como instrumentos y armas, pero no dice que fueran de piedra; al contrario, al hablar de las herramientas, dice, que «para las hachas y azuelas servían los plateros en lugar de los herreros, porque todo el erramental que labraban era de cobre y açofar». Y la misma hacha *Champi* que recibía el príncipe heredero como divisa real, era de cobre, según lo que se colige de la cita del mismo autor. (Libro VI, cap. xxvii, pág. 205).

Esto hace suponer que esta insignia de metal quedaba como una reminiscencia muy vaga de épocas muy remotas, cuando se usaba el hacha de piedra quizá por las civilizaciones anteriores, pues el hacha como arma, parece no haberse usado en el Perú, habiendo

<sup>1</sup> *Pérou et Bolivie*. Paris Lib. Hachette. 1880.

<sup>2</sup> *Thomas J. Hutchinson*. Two Years in Perú, 1873.

<sup>3</sup> *Squier*. Travel and Exploration of the land of the Incas. 1878.

<sup>4</sup> *Antigüedades Peruanas*. Viena 1851, con un atlas. En el texto, no hablan tampoco de estas armas.

<sup>5</sup> *Francis de Castelnau*. Expedition dans les parties centrales de L'Amérique du Sud, con atlas. Paris, 1852.

<sup>6</sup> *Alcides D'Orbigny*. Voyage dans l'Amérique Méridionale, con atlas. 1835-1843.

<sup>7</sup> *U. S. Naval, Astronomical Expedition*. Tomo II.

*W. Reiss, A. Stübel*. Das Totenfeld von Ancon. 1880-87.

En esta obra notable, en donde se hallan figurados hasta los más insignificantes objetos hallados en las excavaciones, no se encuentra una sola hacha de piedra.

<sup>8</sup> *A. Stübel, W. Reiss, B. Koppel, Max Uhle*. Kultur und Industrie Sud-Amerikanischer Völker. Erster Band. Berlin, 1889.

<sup>9</sup> Primera parte de los Comentarios Reales. Madrid, 1723. Lib. II, Cap. xxviii, pág. 70.



sido substituida por la porra ó macana, según se puede ver por lo que también dice al enumerar las armas cuyo manejo debían de aprender los Incas jóvenes en su duro noviciado antes de ser armados caballeros; el hacha tampoco se menciona. (Libro VI, cap. xxv, pág. 202).

Por estas razones, para buscar elementos etnográficos que nos permitan estudiar el objeto de las hachas de piedra en el territorio argentino, debemos desechar una vez más al Perú y su civilización, sobre todo á la de la época Incásica, y aprovechar, como he dicho en este caso, de los valiosos datos que nos proporcionan los araucanos.

D. Samuel Lafone Quevedo así lo hizo ya<sup>1</sup>, lo mismo que Quiroga<sup>2</sup>, y también aproveché los mismos datos, al tratar el punto entre los Calchaquíes<sup>3</sup>.

Los datos que trae Medina son los siguientes (pág. 116):

«El Padre Franciscano Fray Javier Ramírez llega á la conclusión de que en Arauco había por lo menos treinta régulos cuando vinieron á Arauco los españoles<sup>4</sup>, los mismos que Ercilla, con mas fundamento, reduce solo á diez y seis<sup>5</sup>. Estos gefes eran conocidos con el nombre de *Toques*, tenían mando superior á los de los caciques, distinguiéndose por la insignia, de donde derivaban su nombre, ó sea una hacha de piedra<sup>6</sup>, pues así como los romanos usaban llevar por delante unas hachas y unas varas, así estos tienen por insignia unas hachas, no de hueso, sino de pedernal ensartadas en un palo.»

«Pero aun que cada uno gobierna su jurisdicción sin ninguna dependencia ni subordinación á otro, espresa á este respecto Rosales<sup>7</sup>, con todo cuando se ofrece tratar materias de guerra, . . . el *toqui* general los convoca, sacando su hacha de pedernal negro, ensangrentado, como el estandarte de guerra, y envía á los demás caciques una flecha ensangrentada y unos ñudos en un cordón de lana colorada. . . . Y estos mensajes los envía, con gran secreto,

<sup>1</sup> El Culto de Tonapa. Revista del Museo de La Plata, t. III, pág. 320 y sig.

<sup>2</sup> Adán Quiroga. Ruinas de Anfama y el pueblo prehistórico de la Ciénega. Boletín del Instituto Geográfico Argentino, t. XX, pág. 115.

<sup>3</sup> Ambrosetti: Las Grutas pintadas y los petroglyfos de la Provincia de Salta. Bol. Inst. Geogr. Arg. t. XVI, pág. 327 y sig.

Notas de Arqueología Calchaquí N° XXI Thoquis é insignias de mando de piedra. Bol. Inst. Geogr. Arg. t. XIX, pág. 226 y sig.

<sup>4</sup> Crónica sacro-imperial de Chile, lib. I, cap. III (M. S.).

<sup>5</sup> Araucana, Canto I.

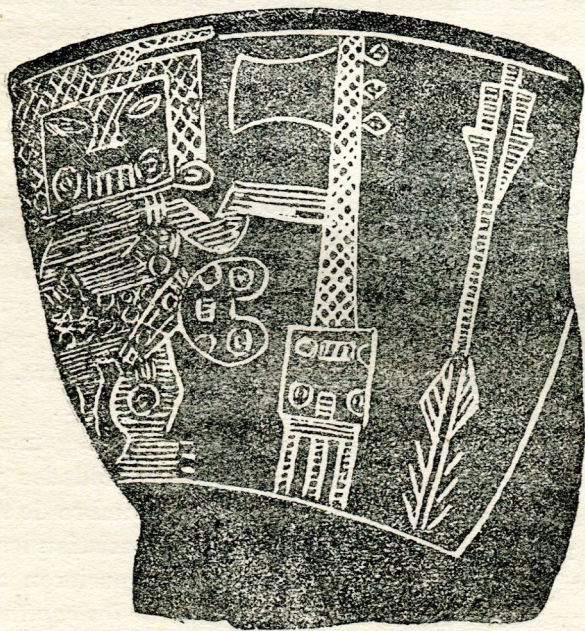
<sup>6</sup> Bascañan: Cautiverio feliz, pág. 67.

<sup>7</sup> Historia de Chile, t. I, pág. 112.



con su *Leb-toqui* que es su ayudante. . . . El Cacique que los recibe convoca á su gente, y delante de todos, da al mensajero el recado, y conferida la materia de guerra, envía este Cacique su ayudante á otro Cacique con la misma flecha, *toqui* (hacha) y ñudos; y de esta suerte van pasando por todos, hasta que vuelven estos instrumentos de guerra al *toqui* general de donde salieron, y en volviendo á él es señal que todos aceptan, y vuelve la respuesta como todos quedan aperciéndose, y que para el día señalado en los ñudos se juntarán. »

El *toqui*, como se ve, fué entre los Araucanos insignia de primer orden, pero por lo que sigue, se podrá apreciar más su importancia; al mismo tiempo que apoyando nuestra opinión sobre la acción araucana en Calchaquí, nos dará la clave para descifrar la figura fragmentaria de la hermosa teja del río del Inca de Tinogasta (Catamarca), que el Sr. Lafone Quevedo nos dió á conocer<sup>1</sup> sin poder dar aún su significado completo. (Fig. 1/2 tamaño).



El Sr. Lafone dice á propósito de esta figura:

«El tridente con su *toqui* ó *choqui* (hacha) de pedernal indica autoridad superior. Lamento no haber podido enterar esta precio-

<sup>1</sup> Catálogo descriptivo é ilustrado de las Huacas de Chañar-Yaco. Revista del Museo de La Plata, t. III, pág. 33 y sig.



sa taza y su dibujo, pero me felicito de haber hallado siquiera tanto.

«Esto no pudo ser obra de los alfareros calchaquíes del tiempo de la conquista, y si lo era, debió representar un arte anterior que había sobrevivido á la nación que lo inventara. En otro trabajo que preparo daré cuenta detallada de esta interesante teja, porque su simbolismo es digno de ser estudiado á la luz de otras piezas que conservo en mi colección; pero basta lo dicho para despertar la curiosidad del americanista.»

Núñez de Pineda y Bascuñan<sup>1</sup>, refieren la ceremonia de la muerte de un prisionero entre los antiguos Araucanos, á la que llamaban *Prulonción* ó Canto de la Victoria ó baile de la Cabeza, en estos términos; los que convienen ser leídos con atención para comparar con la figura de la teja de Tinogasta.

«Grande fué el susto y pesar que recibí, cuando ví venir una procesión tumultuosa de demonios en demanda de nuestro alojamiento, con sus armas en la mano, y á un mozo pobre soldado (español), de los que llevaban cautivos, en medio de ellos, liadas para atrás las manos, tirándole un indio de una soga que llevaba al cuello.

«Llegaron de esta manera al ranchuelo que habitábamos, y aunque mi amo (señor Araucano), excusó salir de él, conociendo la intención con que venían, habiendo hecho alto todos juntos, en un pradecillo que sobre una loma rasa era lo más enjunto, fueron enviados dos de los principales á llamarle, que conmigo estaba dentro de la choza, mostrando tanto pesar como el disgusto que á mi me acompañaba. Y como en las juntas de parlamentos no se puede excusar ninguno, que son á modo de consejo de guerra, le fué forzoso acudir al llamamiento y llevarme á su lado. . . .

«Seguimos á los dos Caciques mensageros y llegamos al lugar donde nos aguardaban los demás ministros y soldados y luego se fueron poniendo en orden según el uso y costumbre de sus tierras; y ésta era más ancha que la cabecera, adonde asistían los Caciques principales y capitanes de valor. En medio pusieron al soldado que trajeron liado para el sacrificio, y *uno de los capitanejos cojió una lanza en la mano, en cuyo extremo estaban tres cuchillos, á modo de tridente, bien liados; y otro tenia un toque, que es una insignia de piedra á modo de hacha artillera*, que usan los regues, y está

<sup>1</sup> Cantiverio feliz, pág. 34, 40 y sig.; y *Medina*, Aborígenes de Chile, pág. 228 y siguientes. Santiago, 1882.



en poder siempre del más principal Cacique, á quien llaman *toque* que es más que cacique en su parcialidad, que como queda dicho, es lo que llaman *regue*. Y esta insignia á modo de hacha sirve en los parlamentos de matar españoles, teniéndola, como he significado, el que de derecho le toca; y es el primero que toma la mano en hablar y proponer lo que le parece conveniente. Y si este tal gobernador ó toque es muy viejo, ó poco retórico, suele sustituir sus veces y dar la mano á quien le parece entendido, capaz y discreto . . . .

«Cogió en la mano el toque, ó en su lugar, una porra de madera, que usaban entonces, sembrada de muchos clavos de herrar, el valiente Putapichun, como más estimado Cacique, por soldado de buena disposición y traza en la guerra, y en el lenguaje veloz y discreto. Y haciendo la salva á todos los compañeros, habiéndose puesto en pié en medio de la plazoleta ó calle referida, se acercó adonde (á) aquel pobrecito soldado le tenían asentado en el suelo, y desatándole las manos, le mandaron cojer un palillo y (que) del fuese quebrando tantos cuantos capitanes valientes y de nombre se hallaban en nuestro ejército. Y como el desdichado mozo era novel en la guerra, no tenía noticia de los que en aquel tiempo tenían opinión y nombre entre los enemigos, y le mandaron los fuese nombrando. Dijo que no conocía á los valientes; á que replicó Putapichun diciéndole: — ¿Pues no conoceis á Alvaro Maltincampo? — Si conozco y tengo muchas noticias de él, respondió el desdichado. — Pues cortad un palito y tenedlo en una mano: ¿al *apo* no conoceis? el toque le volvió á preguntar (que quiere decir gobernador). — Muy bien le conozco, dijo. — Cortad otro palito. — Al Maltincampo y Sargento Mayor también los conozco, repitió el soldado. — Pues id cortando palitos. De esta suerte fué nombrando hasta diez ó doce de los más nombrados y conocidos, y le mandó cortar otros tantos palitos; los cuales le hizo tener en una mano, y le dijo: tened en la memoria á todos los que habemos nombrado y haced un hoyo para enterrar esos valientes; que habiéndole dicho de la suerte que lo había de hacer, lo puso luego en ejecución.

«Acabada esta ceremonia, fueron tres capitanejos á sacar cada uno un cuchillo de los que estaban liados en la lanza que al principio dije, que significaba los *UTAMMAPUS* que son parcialidades de que se compone toda la tierra, que habitan desde la costa hasta la cordillera. Sacaron los cuchillos por su orden y con el mismo los fueron entregando al que tenía el *TOQUE* que le puso en la mano izquierda y recibió los cuchillos con la derecha. Con esto se fueron



á sus lugares y asientos, y quedó solo *Putapichum*, que fué el que recibió los cuchillos y el que estaba con el TOQUE en medio de la calle en pié y dió principio á su parlamento con grande arrogancia y energía. . . .

«Acabadas de decir estas razones, los tres cuchillos que tenía en la mano, los clavó en triángulo á la redonda del hoyo que había hecho aquel desdichado soldado, que asentado junto á él estaba con los palillos en la mano que le habían hecho cortar antes; allegóse luego al sitio y lugar donde mi amo asistía en medio de dos amigos suyos, de aquellos que llegaron juntamente con nosotros, y lo sacó al lugar adonde él estaba razonando; salió al palenque y ocupó el puesto de *Putapichum*. Salieron otros dos ministros de ceremonias que es imposible poderlas significar, ni decir de la suerte que ellos las hacen. El maestro era *Putapichum*, con el *toque* en la mano, que habiendo puesto á los sacrificadores en medio, le entregó á mi amo una porra de madera pesada, sembrada toda de clavos de herrar, las cabezas para afuera, y el cuchillo que había puesto hincado en medio de los dos, que representaba la parcialidad de *Maulican*, mi amo, y de los suyos; y los otros dos cuchillos, mandó á los acólitos ó ministros, los cogieren en las manos, cada uno el que le tocaba, siendo el uno de la parcialidad de la cordillera y el otro de la costa.

«Con ellos y sus lanzas arboladas se pusieron á los lados del sacrificante, el cual se fué acercando al lugar donde aquel pobre mancebo estaba ó lo tenían asentado. . . . Habiéndole ordenado repetir los nombres de los valientes que representaban los palitos y echarlos uno á uno al hoyo y que los cubriese con tierra; y estando en esto ocupado, le dió en el cerebro un tan gran golpe que le echó los sesos fuera con la macana ó porra claveteada que sirvió de la insignia que llaman *toque*.

«Al instante, los acólitos que estaban con los cuchillos en las manos, le abrieron el pecho y le sacaron el corazón palpitando y se lo entregaron á mi amo, que después de haberle chupado la sangre le trajeron una quita de tabaco, y cogiendo humo en la boca lo fué echando á una y otras partes como incensando al demonio á quien habían ofrecido aquel sacrificio; pasó el corazón de mano en mano y fueron haciendo con él la propia ceremonia que mi amo; y en el entretanto andaban cuatro ó seis de ellos con sus lanzas corriendo á la redonda del pobre difunto dando gritos y voces á su usanza, y haciendo con los pies los demás temblar la tierra; acabado este bárbaro y mal rito, volvió el corazón á manos de mi amo, y ha-



ciendo de él unos pequeños pedazos, entre todos se los fueron comiendo con gran presteza.»

La importante relación de Nuñez de Pineda queda incompleta, pues Rosales<sup>1</sup> nos dice que, además de extraerle el corazón al cautivo y de las ceremonias consiguientes, «otro le corta la cabeza, otro una pierna y otro la otra para hacer flautas de sus canillas, y otro, tirando del cuerpo, le echa fuera de la rueda hacia la parte del enemigo á que se lo coman los perros y las aves».

«Con la sangre del corazón untan los toquis y las flechas, diciéndoles que se harten de sangre.»

«El que cortó la cabeza la echa á rodar por el suelo hacia la tierra del enemigo, y abre una calle la gente, por donde la lleva rodando y toman tabaco en humo, y por la misma calle le van echando á bocanadas, retando al enemigo y diciendo que con los que allá están han de hacer lo mismo. Y si la cabeza se queda el rostro hacia el enemigo, lo tienen por buena seña y dicen que han de alcanzar victoria; pero si se queda vuelta hacia ellos, lo tienen por mal agüero y temen que les ha de ir mal en la primera ocasión. Allí en el fondo de la calle clava la cabeza en una estaca con la cara vuelta hacia el enemigo hasta que concluye la ceremonia de comer el corazón. Más tarde la desuellan y el casco lo cuecen y le quitan la carne y los sesos y luego beben en él los caciques más principales<sup>2</sup>.»

He transcripto esta última parte del *Prulonción* ó baile de la cabeza, para que se la compare con la fiesta del *Chiqui* en Calchaquí, en la cual, hasta hoy día, se baila al rededor de un árbol, haciendo saltar cabezas de animales, sustitución seguramente de las humanas de otras épocas<sup>3</sup>.

Como se ve, las descripciones anteriores pueden aplicarse muy bien á la teja de Tinogasta. En ella tenemos un personaje que seguramente es uno de esos grandes *tokis* como el ya citado *Pu-tapichun*, que lleva en su mano la insignia que lo caracteriza un *toki* ó hacha de piedra, y el tridente con los tres cuchillos, lo que representaría en este caso, ese momento antes del sacrificio en el que el *Toki* recibe también los cuchillos antes de distribuirlos<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Tomo 1, pág. 123 y sig.; *Medina*, pág. 148 y sig.

<sup>2</sup> Llámase *ralilonco* la cabeza del enemigo en que beben. Febres, *Arte de la Lengua General*, etc.

<sup>3</sup> Véase: *Lafone Quevedo*, Londres y Catamarca, pág. 241 y sig., y *A. Quiroga*, Folk-Lore Calchaquí. Bol. Inst. Geogr. Arg. t. xviii, pág. 548 y sig.

<sup>4</sup> Se podrá objetar que el tridente forma parte del hacha y que el *Toki* los recibe desatados según la narración, pero hay que tener en cuenta que la figura de la teja



Debajo del brazo se ve una cabeza humana con la frente hundida, quizá para representar la del prisionero á quien han dado ó van á dar el porrazo del sacrificio ó quizá ella sea el símbolo del mismo.

Este personaje trae ceñida la cabeza con el llauto ó vincha adornado, que sujeta, al parecer, en la frente dos plumas.

Tanto la cara de este Toki como la de la cabeza del prisionero, tienen pintura en las mejillas de conformidad á lo que usaban los antiguos araucanos, según el testimonio de Mariño de Lovera y de Carvallo<sup>1</sup>.

Viste al parecer «la camiseta sin mangas de lana» de que hablan los autores chilenos<sup>2</sup> y también los que han escrito sobre Calchaquí<sup>3</sup>.

Á izquierda de este personaje se ve una flecha clavada en el suelo, la que es indudablemente el símbolo de la guerra<sup>4</sup>.

Es de sentir que esta espléndida vasija se haya hallado rota, pues su decoración total nos habría dado seguramente una representación iconográfica de estos sacrificios de prisioneros.

Esta última prueba de la acción araucana en Calchaquí, me parece más que evidente, para demostrar que ella es muy anterior á la conquista española en el territorio de la República, lo que nos permite atribuir á esa época y á esa civilización las hachas de piedra de la Pampa Central que estamos estudiando y de echar mano de los datos que ella nos proporciona para atribuirle su simbolismo de lluvia sin temor á equivocarnos.

¿Pero qué tienen que ver estos tokis con la lluvia?

Vamos á demostrarlo apelando al Folk Lore en ayuda del simbolismo que creemos descifrar.

En una de las más recientes, útiles y meritorias publicaciones<sup>5</sup>

---

representa casi la mitad de la que debió cubrir la superficie de la vasija primitiva, de modo que si ella representó un sacrificio, como creo, ó *Prulonción*, éste fué muy sintéticamente expresado y por eso en una sola insignia se grabaron los dos símbolos. Esto sin contar con las modificaciones que debe haber sufrido el ritual que nos ha legado Bascuñan, el que por otra parte amenudo se contradice. Pero el hecho fundamental de que estas dos insignias *Toki* y cuchillos se hallen en poder de un mismo personaje en un momento dado, como en la teja que nos ocupa, es terminante. Además en el dorso del hacha se ven tres puntas como si fueran otros tres cuchillos.

<sup>1</sup> *Medina*, pág. 168.

<sup>2</sup> *Ibid.*, 164.

<sup>3</sup> Notas de Arqueología Calchaquí. VII. Vasos votivos antropomorfos. Bol. Inst. Geog. Arg., t. XVII, pág. 827, á propósito de un vaso del Museo Nacional, fig. 28.

<sup>4</sup> El acto de enviar la flecha como invitación de guerra, es comunísimo entre la mayor parte de las tribus americanas. El Padre Lozano y otros cronistas nos hablan á cada paso de esta costumbre entre los Calchaquíes.

<sup>5</sup> Rodolfo Lenz: Estudios araucanos publicados en los Anales de la Universidad de Chile, t. xc y sig. Santiago, 1895-97.



sobre los araucanos, se halla un cuento mítico: *El viejo Latrapai*,<sup>1</sup> que nos dá la clave.

#### CUENTO DEL VIEJO LATRAPAI.

« El viejo Latrapai (un mónstruo), tuvo dos hijas y dos sobrinos que se llamaban Cónquel y Pediú. Un día resolvió que los dos sobrinos trabajaran por él; en cambio quería darles sus dos hijas en matrimonio. Mandó pues buscar á los dos hermanos, y cuando Cónquel y Pediú llegaron, les dijo: « Si me quereis trabajar os daré en matrimonio mis dos hijas ». Los jóvenes estaban contentos de la proposición y le preguntaron qué trabajo habían de hacer. « Cortadme mis viejos robles », les contestó el viejo Latrapai y les dió un par de hachas muy malas. « Pero teneis que voltrear cada árbol con un solo golpe. »

« Con esto fué á mostrarles los viejos robles que tenían que cortar. Pero cuando los dos hermanos se pusieron al trabajo, luego se rompieron sus hachas. Entonces fueron á quejarse ante el viejo Latrapai. « Se nos rompieron las hachas, dijeron; *queremos* trabajar *con nuestras propias hachas* »<sup>2</sup>. El viejo Latrapai consintió. Entonces los dos hermanos se fueron y pararon al pie de un roble muy alto. « Aquí vamos á llamar nuestras hachas », dijeron, y mirando hacia arriba, principiaron á llamar:

« Bájate, hacha de Pillan! Bájate, hacha de Pillan! (*Pillan toki*).

« Favorécenos soberano de los hombres; arrójanos dos hachas que cortan un árbol con cada golpe!

« Muy arriba en el árbol sonaron las hachas de Pillan.

« Entonces llamaron otra vez: Bájate, hacha de Pillan! Bájate, hacha de Pillan! Ya á media altura sonaron las hachas. Favorécenos, soberano de los hombres, arroja *nuestras* hachas!<sup>3</sup>

« Y otra vez más llamaron: Bájate, hacha de Pillan! Bájate, hacha de Pillan! Entonces sonaron las hachas á poca distancia del suelo. Favorécenos, soberano de los hombres, arroja *nuestras* hachas!

<sup>1</sup> VII Cuentos araucanos referidos por el indio Calvun (Segundo Jara) en Pehuente chileno, N° 2.

<sup>2</sup> Hago notar este pasaje por el cual se ve que estos personajes son héroes atmosféricos que confían en sus elementos propios, el *rayo*, simbolizado en este caso por las hachas de *Pillan* (el Dios del Trueno ó mejor el omnipotente) como se verá más adelante.

<sup>3</sup> Hago notar que ellos piden sus armas propias y esto es muy importante.



« Cuando por cuarta vez<sup>1</sup> llamaron: Bájate, hacha de Pillan! Bájate, hacha de Pillan!, entonces las hachas de Pillan cayeron trocando al suelo. Cada uno agarró una hacha y fueron á cortar los viejos robles. Esta vez cayeron los árboles á cada golpe uno. Así, que los voltearon todos. Cuando concluyeron con ese trabajo, según el encargo del viejo Latrapai, se casaron con sus dos hijas.»

Hasta aquí nos interesa el cuento del viejo Latrapai, lo demás son una serie de trabajos diversos y episodios que terminan con la muerte del viejo Latrapai. De la segunda parte habrá mucho que desentrañar estudiándolo en otra ocasión.

En esta primera parte del cuento se ve que no es más que una transformación de la leyenda preincásica de Catequil y Piguerao<sup>2</sup>, los dos hermanos hijos de Atachucho, en este caso Pillan, el soberano de los hombres, que combaten con sus armas, es decir, las hachas, ó sean los rayos, en los trabajos de su paso por la tierra.

La misma leyenda, puede decirse, que se halla en los *pueblos* del S W de Estados Unidos: Zuñis, Sias y otros<sup>3</sup>.

El trabajo de voltear los árboles con las hachas (rayos) debe de interpretarse, á mi modo de ver, en esa región boscosa de la cordillera, como la de limpiar el terreno para poder sembrar; allí la leyenda debió modificarse, porque ya no era el caso de pedir lluvias para las cosechas, pues éstas abundaron, pero ella subsistió como un recuerdo del paso de la tribu por las regiones secas y áridas de Calchaquí y las Pampas del Oeste de nuestra República, en donde la lluvia escasea y sin ella no hay cosechas posibles<sup>4</sup>.

Ahora bien, tratándose de Pillan, la más alta deidad del Panteón Araucano como Dios de la Tempestad, el rayo, su arma predilecta, era simbolizado por las tribus del Sur, como un hacha de piedra ó toki, seguramente por el efecto que él produce en los árboles al fulminarlos; y por esto seguramente era que á semejanza del arma de Pillan, los Tokis ó jefes araucanos usaban como insignia el hacha de piedra.

<sup>1</sup> El número 4 es sagrado entre los Araucanos y también lo es en Calchaquí, y en los pueblos de Norte América. Véase el capítulo La Cruz y el número 4 en la obra del Dr. Adán Quiroga *La Cruz en América*. Buenos Aires, 1901.

<sup>2</sup> Ambrosetti: Divinidad Catequil? Notas de Arqueología Calchaquí, N° XII. Bol. Inst. Geogr. Arg. t. XVIII, pág. 351.

<sup>3</sup> Ambrosetti: Rastros Etnográficos en Calchaquí y México, Anales de la Soc. Cient. Arg., t. LI, pág. 5 y sig.

<sup>4</sup> Hay que hacer notar también que en Calchaquí existe actualmente la costumbre de conjurar la tormenta de piedra ó de granizo, presentándole durante un rato los filos de las hachas de piedra que encuentran, las cuales son tenidas por hachas del rayo. (A. Quiroga, *La Cruz en América*, pág. 87).



Siendo los araucanos un pueblo agricultor, sobre todo antes de la conquista, como todos los pueblos que habitaron la región montañosa ó casi desierta de la América del Sur, han debido necesariamente clamar por el agua, y es por esto que su religión, con rituales más ó menos sangrientos y bárbaros, no fué sino una eterna súplica al poder superior (Pillan en este caso) para que hiciera llover, y entonces no es extraño que uno de los modos de propiciárselo fuera el ofrecerle entre otras cosas Tokis de piedra en cuyas caras, con un simbolismo convencional, pedíanle que arrojase sus hachas sobre la tierra<sup>1</sup>, es decir, sus rayos que hacían llover. Puesto que no hay que olvidar que en los países donde este fenómeno benéfico es escaso, las lluvias vienen siempre en forma de tormentas violentas con abundancia de rayos y truenos.

Julio de 1901.

---

<sup>1</sup> Además, en la mitología del oeste de América las divinidades, en su mayor parte, usan instrumentos de piedra para hacer producir la lluvia.